

CRISTIANOS LAICOS: TESTIGOS DEL SEÑOR JESÚS

Francisco López F.
Dolores Amenábar A.

1. NUESTRA IDENTIDAD LAICAL EN LA IGLESIA

El inicio de este nuevo milenio nos encuentra viviendo, en la Iglesia, un período lleno de desafíos caracterizado por el deseo de transitar desde una "Iglesia de clérigos" a una "Iglesia de laicos", como lo vislumbrara el Concilio Vaticano II (**Lumen Gentium**, n° 31). Moradas que nos han sido muy queridas van quedando atrás y sólo alcanzamos a entrever la luminosidad de espacios inciertos aún, de promesas a transformar en realidad.

La esperanza del renacer del laicado

El Cardenal Arzobispo de Bruselas Godfried Danneels, con motivo de la celebración de los 30 años de la promulgación de la Constitución Conciliar "*Gaudium et Spes*", haciendo un balance de lo sucedido en estos años señalaba, hace poco, como uno de los aspectos más importantes el del redescubrimiento de la dimensión santificadora de la vida laical. *"Hace cincuenta años, decía, los cristianos tal vez no visualizaban tanto como hoy el matrimonio y la vida matrimonial como camino de santidad. Todavía creían que la santidad se encontraba más en la vida religiosa o sacerdotal, y que no era para ellos (...) Hoy día es casi evidente, proseguía, que no es necesario ser sacerdote para ser santo y que se ha abierto un nuevo camino. Creo que esto es muy claro (...) En la vida familiar y matrimonial, en la vida de trabajo, en el ejercicio profesional, en la política y en la economía, en el campo de la ciencia y de las universidades, el laico visualiza hoy claramente un camino de santificación. Es su participación en la construcción del Reino de Dios, que no sólo es obra de la palabra divina y de los sacramentos, sino también del compromiso, de la **diaconía** del cristiano en el mundo, en la política, en el comercio y en todos los ámbitos. Se ha producido en esto, sin duda, un gran cambio. Existe una santidad laica...que ha llegado a ser realmente una evidencia."* (Diario **El Mercurio**, Santiago de Chile, Cuerpo E, Domingo 7 de Enero, 1996, 8-9) En América Latina esta realidad es un signo de los tiempos, acompañado y fecundado con la sangre de muchos mártires, desde hace ya varias décadas.

Es un hecho que desde el Concilio Vaticano II la Iglesia ha venido insistiendo en que ella es comunidad y que nuestra pertenencia a ella está fundada en lazos de comunión y de participación en una misión común. Por ello, para definirse a sí misma, la Iglesia no recurre tanto a definir roles sino que más bien nos confirma en que somos un pueblo, donde todos estamos llamados a la santidad y participamos de una vocación y de una misión común. De ahí que nuestra identidad laical se sitúe no tanto en el horizonte de funciones y tareas a cumplir sino en el horizonte de una vocación común a la santidad. Una de las grandes innovaciones del Concilio es insistir, precisamente, en que la santidad no es patrimonio de nadie en la Iglesia y que es vocación de todos. Los laicos estamos llamados a un seguimiento de Cristo y a una radicalidad en la santidad como una religiosa de clausura o como cualquier sacerdote o religioso. Por ello los laicos podemos reconocer Iglesia en el más pleno sentido de la palabra como lo afirmara unos 20 años antes del Concilio en Papa Pío XII: *"los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener*

conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia” (AAS 38, 1946,149)

En estos últimos 30 años hemos vivido y participado de este proceso de creciente participación del laicado cristiano en las instituciones y en las prácticas mediante las cuales la Iglesia como comunidad dice su presencia en la sociedad y verifica su misión de “alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (*Evangelii Nuntiandi*, nº19). Por otra parte, muchos cristianos laicos hemos vivido un conjunto de experiencias y de procesos que han favorecido una toma de conciencia creciente de nuestra propia vocación y misión como cristianos laicos tanto en la Iglesia como en la sociedad.

La distancia entre Jerarquía y base, entre sacerdotes y laicos, entre sacerdotes y Obispos se ha ido achicando. Gracias a ello, tanto la calidad como la expresividad de la vida comunitaria de la Iglesia se ha enriquecido. Poco a poco hemos redescubierto valores que eran fundamentales en los orígenes de la comunidad creyente. El nacimiento y la expansión de las comunidades cristianas de base, la confrontación de la vida diaria y corriente con la Palabra del Señor y con el ejemplo de Jesús, la celebración eucarística que recoge el dolor y la alegría de cada día, las tensiones y esperanzas concretas en memorial y celebración, todo ello nos ha abierto perspectivas nuevas y promisorias pero, también ha planteado problemas.

Se redefinen roles que por mucho tiempo fueron claros y obvios; hay mayor acceso a la palabra, al interior de la Iglesia comunidad, y ello facilita y hace posible que las diferencias y divergencias aparezcan con mayor nitidez. Las comunidades, al ser pequeñas, tienen mayor tendencia a perder en catolicidad, a cerrarse en sí mismas o a quedar circunscritas a los límites de una clase social, de un barrio, de una generación o de una cierta ideología religiosa. Al aumentar la familiaridad entre quienes dirigen la comunidad y quienes forman parte de ella hemos experimentado la dificultad de valorar el rol de la cabeza y, a su vez, la dificultad de coordinación con otras comunidades dejándonos llevar por una cierta tendencia a la autosuficiencia contribuyendo que los lazos de solidaridad y mutua responsabilidad entre comunidades se debiliten. A pesar de los problemas y dificultades enumerados, el renacer laical, fruto del reencuentro con la dimensión comunitaria de la fe en la Iglesia es, en este umbral de un nuevo milenio, un hecho macizo e irreversible.

No creemos exagerar, sin embargo, al decir que este hecho implica para nuestra Iglesia un proceso de honda mutación cultural.

Las dificultades de una tradición

Tradicionalmente, en efecto, han sido los clérigos quienes han desarrollado una espiritualidad y una ascesis orientada a vivir la vocación universal a la santidad, mediante el seguimiento de Cristo en el servicio de los demás, mientras que los laicos hemos estado relativamente huérfanos en este sentido. Más bien somos invitados a vivir nuestro propio camino de santidad al modo y a la usanza religiosa y sacerdotal. Esto ha sido y es fuente de muchos conflictos resultantes de no lograr vivir armoniosamente nuestra vida laical de cada día y una ascesis y espiritualidad que son propias de un modo de vida, de una forma de dividir el tiempo de la jornada diaria, de un ritmo de actividad y

preocupaciones de religioso. Ello, con mucha frecuencia, está a la base de ese sentir que son los sacerdotes y religiosos los llamados a ser santos y, por tanto, de la extrañeza de un laico cuando escucha decir que él, sin adoptar actitudes ni modales de clérigo, está también llamado a responder con su vida de todos los días a la misma invitación.

Por otra parte, han sido las comunidades religiosas y sacerdotes las que, como fruto de su caminar evangélico, han diseñado proyectos concretos de misión apostólica llamando a participar en ellos a los laicos en tanto que invitados a trabajar en una obra que en realidad no nos pertenece y tampoco responde, con frecuencia, a nuestro propio estilo de inserción en la realidad. Esto hace que los laicos "vayamos a hacer apostolado" a un lugar "otro" de aquel que nos es cotidiano. La misión y la dimensión apostólica de nuestra vida tendemos a experimentarla como una ocupación a realizar en forma de voluntariado más que como una vocación.

Este estado de cosas genera, por una parte, conductas, modos de proceder y actitudes, tanto en religiosos como en laicos, que favorecen una relación de poder abiertamente asimétrica, una dependencia laical y ausencia de iniciativa apostólica, una apatía ante la misión, cierta verticalidad en las decisiones y en suma, una relación entre clérigos y laicos marcada por la exterioridad y, con frecuencia, por un carácter meramente instrumental tanto de una como de la otra. Se recurre al sacerdote o al religioso para obtener ciertos servicios y beneficios; los sacerdotes y religiosos recurren al laico para que ellos hagan ciertos trabajos que son considerados distractivos para su vocación religiosa.

Por otro lado, ello ha dificultado identificar como misión el quehacer de cada día, el trabajo profesional o laboral, la vida matrimonial y la educación de los hijos, etc. Ello hace que nuestra vida se divida entre "hacer apostolado" y vivir nuestra cotidianidad como realidad vacía de sentido apostólico.

Esta situación, en que se han forjado muchas identidades y modos de relación es la que ha venido cambiando en los últimos 25 años. Hoy en día, la forma más significativa por la que la Iglesia sirve a los pueblos y comunidades humanas es en gran medida resultado de esas iniciativas tradicionales pero, también y cada vez con mayor peso y significación, de la actualización de la vocación de muchos hombres y mujeres laicos en una rica variedad de situaciones y de formas concretas de servicio. Hasta tal punto que hoy día somos los laicos los que, con frecuencia, invitamos a los clérigos a apoyar y enriquecer iniciativas laicales con la espiritualidad, por ejemplo, que es propia a una determinada familia religiosa. Esta tendencia cada vez más significativa es la que reconoce Juan Pablo II en *Christifideles laici* n°3 al señalar la relevancia de que los laicos "tomen parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en este decisivo momento de la historia."

Volver a aprender lo que somos.

Estas nuevas situaciones han facilitado progresivamente un redescubrimiento y una redefinición de las propias identidades. Poco a poco, y no sin dificultades y problemas, hemos ido comprendiendo que todos (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos) compartimos una común condición como cristianos, la de ser hombres y mujeres consagrados, por el Bautismo, para el servicio de los demás. Hemos ido aprendiendo también que dicha condición bautismal compartida, no anula lo diverso y lo específico de cada vocación sino que, por el contrario es fuente de enriquecimiento mutuo y de mayor

fideliad evangélica. En la experiencia de una condición originaria común y de una misión común al servicio de las personas, comunidades y pueblos hemos ido asimilando la rica enseñanza del Concilio Vaticano II.

Hemos aprendido, así, que sacerdotes y laicos no somos, ciertamente, lo mismo y que la diferencia radica en la forma diversa de participación en el Cuerpo resucitado de Cristo, sacerdote, profeta y pastor. No se trata de superioridades pero, tampoco de diferencias sólo de grado, sino de dos vocaciones esencialmente distintas ya que ellas son formas distintas de participación en un único Señor que es Cabeza de la Iglesia y que es Cuerpo de hombres y mujeres rescatados. La unidad precede y fundamenta la distinción. Es El, Cristo completo, como gustaba decir el P. Alberto Hurtado, participado en forma diversa, quien funda la diferencia y la reciprocidad entre laicos y sacerdotes, entre pueblo y Jerarquía en la Iglesia. Ello nos permite reaprender el sentido de la autoridad y de la obediencia a la Iglesia jerárquica en clave de comunidad evangélica.

Hemos aprendido, por otra parte, que los laicos tenemos una vocación propia y diversa a la del religioso y la religiosa. Ellos viven y verifican nuestra común condición bautismal y nuestra común misión de una manera específica. Su triple voto encarna, precisamente, dicha especificidad significando en su propio cuerpo y en su propia vida la radicalidad escatológica del Reinado de Dios en cuanto u-topía de humanidad y de convivencia humana. Por su parte, nuestro compromiso familiar, laboral, político, etc. expresa esa misma consagración originaria en cuanto dinamismo transformador de un mundo todavía incompleto que es necesario rescatar de su insignificancia mediante la puesta en marcha, en él, de proyectos humanizadores.

Nuestra vocación laical es, por lo mismo, muy diversificada y rica en posibilidades. Hay laicos que tienen la misión de ser punta de lanza, llegando a donde otros no pueden llegar, anunciando al Señor allí donde otros no pueden hacerlo. En el trabajo, en la fábrica, en las organizaciones sociales, en la universidad, en la empresa, etc. Hay otros que tienen la misión de construir una sociedad donde lo de Dios pueda penetrar y transformar lo menos humano en más humano. Quizá su trabajo sea menos explícitamente "religioso" pero, es netamente evangélico en la medida que deben luchar por establecer estructuras y mecanismos que permitan una convivencia humana más justa y más humana. Otros laicos son llamados a un servicio específico a través del ejercicio de su propia profesión y hay otros que son llamados a un servicio interno en la comunidad que necesita de ministros laicos. Todos, finalmente, estamos llamados a amar y servir al Señor, a testificar su liberación, en nuestras relaciones básicas de pareja, de familia y de vecindad. Laicos y religiosos, pues, somos diversos.

Unos son, así, testigos de que el Reinado de Dios es un reinado de radical libertad y comunión y significan ese anuncio en el vaciamiento de sí mismos. Otros somos testigos de que el Reinado de Dios es un acontecimiento y una energía transformadora de la vida y de las estructuras de la historia y significamos ese anuncio en el compromiso transformador de un mundo que gime y que aguarda aún su plenitud (Rom.8,19-24). Un cristiano recuerda al otro la totalidad de la acción liberadora de Dios; acción de plena humanización todavía no manifestada y , en forma indivisible, libertad y plenitud ya consumadas

Asumiendo nuestras diferencias, laicos, sacerdotes y religiosos tenemos, sin embargo, un horizonte común de servicio. Hemos sido enviados a transformar la realidad secular. No tenemos otra realidad por delante. Es a lo secular a donde está enviada la Iglesia en su conjunto. "¿ Qué hacen ahí plantados mirando al cielo?"(Hech. 1,11)"Vayan por el

mundo entero predicando la buena noticia a toda la humanidad" Mt. 16,15). Esta unidad de misión antecede toda diferenciación que es justa y necesaria debido a nuestra limitación humana para decir y hacer lo de Jesús en la historia. Es estando en el mundo sin ser de él que estamos llamados a ser santos, es decir, a ser tomados por el Señor y transformados en hombres y mujeres libres, amantes y servidores de las personas y de la creación entera.

Sin embargo, esto que nos recordó el Concilio Vaticano II y que dificultosamente hemos ido reaprendiendo en estos últimos años implica desaprender antiguas concepciones. En efecto, la perspectiva conciliar no hace sino retomar la tradición evangélica. La dificultad radica en que dicha tradición al decirse en tiempos y en culturas específicos, ha tendido a ser vivida en forma dualista. Dicho dualismo, de vieja tradición en la cultura occidental, convierte lo que es una distinción en una separación y lleva a una verdadera ruptura de la realidad en órdenes separados: el del cuerpo y el del alma; el del corazón y el de la razón; el de lo natural y el de lo sobrenatural; el del espíritu y el de la materia; etc. Ello se traduce en una suerte de "división religiosa del trabajo" y en su consecuente juego de asimetrías de poder y de prestigio: el sacerdote y el religioso para las cosas del alma y el laico para las cosas de la vida material. Con esto hemos terminado distorsionando la raíz evangélica de la misión y de los diversos carismas, ministerios y caminos de vida cristianos. Ello se ha visto particularmente reforzado por la separación, propia de la cultura moderna, entre lo sagrado y lo profano, entre lo religioso y lo secular, entre lo espiritual y lo temporal, entre la contemplación y la acción, etc.

En la compleja red de estas dicotomías y en el tejido formado por ellas aprendimos cuando éramos niños a nombrar, a pensar y a sentir nuestras propias identidades. Ello es del todo normal dado los nexos profundos existentes entre la cultura y el modo de recibir y de decir lo de Dios, en Jesús. El nuevo milenio, sin embargo, nos encuentra con una inmensa tarea entre manos que consiste en una honda mutación cultural intraeclesial con consecuencias todavía no exploradas tanto para la misma Iglesia como para la sociedad a la que ella está enviada a servir.

La persistencia de un imaginario impregnado de dualismo

En los umbrales de este nuevo tiempo, conviene caer en la cuenta y sopesar la herencia dualista recibida. La identidad de los religiosos, por ejemplo, se ha visto condicionada, en su verificación práctica, por una cultura dual que primero separó la "*vita activa*" de la "*vita contemplativa*" y que luego estableció una jerarquización entre ambas de acuerdo a una antropología marcadamente espiritualista e individualista que fue imponiendo un cierto sello a la vida, a la sociedad y al modo de comprender y vivir la vida cristiana.

El desprecio del mundo y de la historia, la desvalorización del trabajo material, el menosprecio del cuerpo, de la afectividad, de la libertad, etc. dieron lugar, así, en el imaginario colectivo de la Iglesia a una jerarquización de caminos de santidad (unos más perfectos que otros). Ello redujo a nuestra condición laical a una forma de vivir el cristianismo propia de quienes no poseían las cualidades para ser santos.

En el ministerio apostólico esto se expresó en una centralización, en las órdenes religiosas y en las instancias jerárquicas de la Iglesia, tanto de las iniciativas como de las decisiones apostólicas y de los recursos humanos y financieros requeridos para llevarlas a cabo. La expresión "nuestras obras", entendidas como dominio exclusivo de los clérigos ha sido y todavía es una fórmula típica que grafica bien la situación creada.

El laico, con todo, tradicionalmente estuvo presente en la vida religiosa bajo la forma de "tercera orden" o su equivalente, en prácticamente todas las grandes familias religiosas pero, por un motivo u otro su presencia fue languideciendo precisamente porque dicha fórmula de incorporación del laico a la "orden" fue una solución para un mundo que ya ha dejado de existir. Hoy quizá es el momento de retomar esta tradición y darle un nuevo significado de cara al mundo que realmente tenemos entre manos y al que estamos construyendo. Así, al menos, ya lo están haciendo diversas tradiciones y familias religiosas.

Esta situación brevemente descrita, hoy comienza a sentirse como problemática. La vida religiosa experimenta en la actualidad un descenso de vocaciones y ha pasado por procesos muy dolorosos de deserciones. El resultado es que los religiosos comienzan a sentir que son pocos y que son viejos. Esta experiencia del límite pone delante el horizonte no sólo de la propia muerte sino también de la muerte de "nuestras obras". Por ello no es de extrañar que en algunos casos surja la pregunta: ¿no será necesario recurrir al laico ?.

Experiencia del límite y posibilidades de reaprender

Esta pregunta, de corte pragmático, ha comenzado a ser profundizada. En este camino, sacerdotes, religiosos y religiosas han comenzado a reconocerse no sólo como hombres y mujeres para los demás sino también como hombres y una mujeres con los demás.

En ese momento, quienes primero aparecemos en el horizonte intraeclesial somos los laicos. También emergen otros rostros: no sólo el de los varones sino también el de la mujer; no sólo el de los adultos sino también el de los jóvenes; no sólo el de los blancos y criollos sino también el del mestizo y el del hombre y mujer de otro color de piel. Emergen los rostros de los cristianos de otras iglesias; los de hombres y mujeres de otras religiones y los de aquellos que, sin profesar una religión determinada, son solidarios, responsables y serios para con la historia y la vida. Rostros todos que, siglos de individualismo y de un imaginario eclesial de sociedad formada por estamentos cerrados e incomunicados, habían borrado de nuestra conciencia histórica o, a lo menos, los habían relegado a un segundo plano.

Cuando los laicos, a su vez, nos reconocemos como hombres y mujeres con los demás, tanto el religioso como el sacerdote dejan de ser antagonistas o meros dispensadores de servicios religiosos para la salvación del alma o quienes dan trabajo, seguridad y cierto prestigio social. En una palabra, dejan de ser "el padrecito" y "la monjita", diminutivo popular en Chile para designar a las personas que proveen servicios domésticos ("el hombrecito", "la mujercita") Por el contrario, sacerdotes y religiosos comienzan a ser reconocidos como compañeros y amigos en el Señor, como hombres y mujeres adultos, sujetos de iniciativas y de necesidades que necesitan también ser acompañados y, con frecuencia, sanados de su propia soledad, una soledad con frecuencia perversa en la medida que no es fruto del compromiso evangélico sino más bien de una cultura individualista.

Ello abre la oportunidad, tanto para el religioso como para el laico, de pasar de una misión entendida en términos de propiedad de unos a la que los otros somos llamados a trabajar, a una misión entendida como cooperación de unos y otros en una tarea que ambos recibimos, discernimos y vivimos en común aportando cada uno a ella su propio carisma y vocación. No se trata de negar las identidades particulares, sino que ambas resultan redefinidas de cara a una misión común.

El religioso en cuanto hombre para los demás y con los demás desarrolla, en este nuevo contexto, una actitud de disponibilidad para cooperar, escuchar y aprender de otros y para compartir con ellos su herencia espiritual y apostólica. El laico, por su parte, redescubre que el ámbito de su misión es su vida cotidiana: su pareja y familia, su trabajo, su compromiso gremial, sus opciones políticas; el amplio mundo de las prácticas económicas, culturales y sociales. Es allí donde el laico está llamado a "estar con el Señor y a seguirlo y trabajar con El". Esto supone un hondo proceso de conversión en cada uno de nosotros.

Para esto contamos con otras herencias. Por un lado, la que nos viene de cristianos santos que, por la hondura de su fidelidad al Señor y a su tiempo han logrado superar los límites impuestos por su propia cultura. Ellos aportan a la Iglesia una energía espiritual y una pedagogía que, precisamente, ayuda y facilita la tarea de sobreponernos a esa separación y avanzar en la línea de integración entre fe y vida, entre acción y contemplación, entre "lo de Dios" y "lo del hombre". Por otra parte, contamos con el aporte de una reflexión bíblica y teológica consolidadas que contribuyen en la misma dirección.

Esto puede constituir la puerta de entrada para releer nuestras propias identidades y redescubrir sus dimensiones más profundas. Hay varios indicadores que señalan que hoy nos encontramos, en la Iglesia, en este proceso de profundización; proceso esperanzador, rico y desafiante al cual queremos contribuir en preparación del tercer milenio.

2. TESTIGOS DEL SEÑOR EN LA SECULARIDAD

Nuestra experiencia como personas y como pareja es haber tenido la gracia de poder reconocer, poco a poco, junto a otros, que la vida cristiana es algo más que un dato biográfico-cultural; que es nuestra respuesta a una iniciativa que viene del Señor a lo largo y ancho de nuestra existencia. Cuando recorremos nuestra vida lo que encontramos es esa inmensa solicitud, cariño y paciencia de Dios para con nosotros y junto a ello un llamado a una tarea: a vivir a imagen y semejanza suya (Gen. 1,26-30), a ser fecundos y a multiplicarnos, a poblar y someter la tierra, a reconocer la bondad radical de todas las cosas.

Progresivamente hemos ido reconociendo, en multitud de detalles, de circunstancias y personas, en nuestros deseos más profundos, que esta iniciativa y llamado de Dios se transforman, junto a Jesús, en una invitación a compartir su intimidad y a colaborar con El en su misión, una invitación a ser sus testigos de su Evangelio en la vida de cada día.

Una caravana de testigos.

Nuestra condición cristiana, sin embargo, no es una condición solitaria sino que nace, crece y se desarrolla en medio de una multitud viviente de hombres y mujeres que dan testimonio de las grandezas de Dios y de las maravillas obradas en su Hijo en el servicio a los demás, en el esfuerzo por construir mundos de vida más humanos, en la responsabilidad para con quienes se han visto empobrecidos y marginados por diferentes motivos. Unos están con nosotros y a ellos les debemos gran parte de nuestro caminar tras Jesús y su Evangelio. Otros nos han precedido en la fe (Hech.12,1ss.) y también de ellos nos hemos alimentado y nutrido. Por esto podemos afirmar que el cristiano es hombre y mujer para los demás con los demás. Es decir, la condición cristiana es una

condición de comunión y de participación en el discipulado de Jesús. Para esto hemos sido puestos aparte, consagrados, por el Bautismo.

Por ello, cada carisma o vocación recibida no puede ser vivido en la soledad del individualismo que es la negación de la soledad evangélica. La novedad gozosa que los cristianos queremos hoy día testificar, comunicar y significar en la sociedad y en la Iglesia se vuelve insignificante si no es vivida con otros. La comunidad no sólo es una ayuda para una creciente fidelidad de cada uno a su propia vocación y misión sino que también es constitutiva del testimonio evangélico. Esto implica que las diferencias en lugar de ser motivo de segregación pueden convertirse en condición de comunión. La Iglesia comenzará a ser cada vez más una realidad de la que formamos parte y de la que somos responsables. Ya no sentiremos a los Obispos, sacerdotes y religiosos como un "ellos" ante los cuales sólo nos cabe una actitud de sumisión o de rebelión, sino como hermanos de una familia y compañeros en una tarea que es común aunque con carismas, ministerios y responsabilidades específicos. En este sentido nuestra experiencia laical de pareja humana y de familia es tremendamente rica para comprender cómo las diferencias en comunión son sacramento del ser y del acontecer de Dios.

A lo que el Señor nos invita, en realidad, es a participar en lo que El mismo es. El es, bien lo sabemos, el Testigo fiel (Ap.1,5:3,14); para eso vino al mundo, para dar testimonio de la verdad (Jn.18,37), es decir, para testificar aquello que había visto y escuchado junto a su Padre (Jn.3,11.32s). Este testimonio es rechazado por aquello que hay en nosotros y en nuestra convivencia social de mundanidad e incredulidad (Jn. 3,11; 8,13) Por ello la invitación que se nos hace incorpora junto al gozo la Cruz. Estamos invitados a estar con El, a trabajar con El y a seguirlo tanto en la pena como en la gloria.

Ser testigos del Señor consiste en este seguir a Jesús en el servicio de los demás. Seguir a Jesús, pobre y humillado, enviado por su Padre para la humanización del mundo, que nos llama a quienes sabemos y reconocemos que somos débiles y pecadores, a colaborar íntimamente con él. Es en la fe como podemos ir respondiendo a este llamamiento, acogiendo su Palabra y el don de su Espíritu, de ese Espíritu por el que el Padre Dios nos consagra para la misión de su Hijo sacerdote, profeta y rey.

Formamos parte, de este modo, de una larga historia de testigos. Para llevar la predicación del Evangelio de Jesús (Mt.24,14), al mundo entero, es que los apóstoles fueron constituidos en testigos suyos (Hech.1,8) Testigos de lo acaecido desde el Bautismo de Juan hasta la Ascensión y en forma especial de la Resurrección, que consagra el Señorío de Jesús el Cristo (Hech. 1,22 y 2,32) También Pablo, en el camino a Damasco, fue constituido testigo de Cristo ante los hombres (Hech. 22,15 y 26,16). Fue en tierras paganas donde Pablo testificó la Resurrección de Jesús (1 Cor. 15,15) y es de la aceptación de este testimonio de donde nacen las primeras comunidades (2 Tim.1,10 y 1 Cor.1,6).

Muchos discípulos y seguidores de Jesús han debido dar testimonio de El ante autoridades y tribunales, en épocas muy distintas. Jesús ya se lo había dicho a los Doce (Mc. 13,9; Mateo 10,18: Lc. 21,13s). Esteban fue el primero en sellar su testimonio con su sangre (Hech. 22,20); muchos otros lo han seguido incluyendo hermanos nuestros en América Latina. El martirio es el testimonio de la fe consagrado por el testimonio de la sangre. Si bien es cierto que Babilonia, la potencia enemiga encarnizada contra la Ciudad celeste parece nutrirse de la sangre de estos testigos y de estos mártires (Apoc. 17,6) su victoria no es sino aparente. Son ellos los que, en Cristo, han vencido al Mal "con la

sangre del Cordero y con el testimonio que pronunciaron sin preferir la vida a la muerte” (Apoc. 12,11)

Nuestro Bautismo fue la señal sacramental de esta historia de testigos y de testimonios aceptados y, en esa medida, señal de nuestra inserción en el cuerpo de Jesús, que es la Iglesia, comunidad de discípulos y testigos.

El testigo nace de un encuentro cara a cara

¿De dónde nacen los testigos? Somos testigos de acontecimientos, de experiencias concretas; testigo se opone a repetidor. A la raíz de un testigo hay siempre un encuentro cara a cara como hermosamente nos los dice San Juan: *“Lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos -hablamos de la Palabra, que es la vida, porque la vida se manifestó, nosotros la vimos, damos testimonio y les anunciamos la vida eterna que estaba de cara al Padre y se manifestó a nosotros-, eso que vimos y oímos se lo anunciamos ahora.”* (1 Jn,1,1-3)

En nuestra vida cristiana, la invitación a ser testigos va acompañada de otra invitación: *“¿Qué buscan? ... Vengan y lo verán”* (Jn.1,38-39) Es la invitación a entrar en una relación de familiaridad con el Señor; la invitación a ese lento aprendizaje de amistad que tan bien dibujara el Zorro en su conversación con el Principito. Calmado aprendizaje de la persona de Jesús, de sus palabras y modos de hablar, de su actividad y de su silencio, de sus deseos y esperanzas, de sus temores y disgustos. Permanecer con El, convivir con El, ser asimilados a El.

Cuando tenemos la gracia de ser puestos junto a El, sus rasgos contemplados una y otra vez, comienzan a configurar poco a poco un estilo de vida, propio del testigo: austero y sencillo, solidario con los más pobres y con todo hombre y mujer marginado, integrando crecientemente la dimensión activa con la dimensión contemplativa de nuestras vidas, en todo amando y sirviendo con discernimiento y alegría. El estilo de vida que habíamos comenzado a configurar antes de que Jesús fuera acontecimiento real, resulta cuestionado en la medida que comenzamos a experimentar y a sentir la distancia entre el modo de proceder de Jesús y aquel al que estamos acostumbrados por herencia y por tradición personal y familiar, por presión del medio ambiente y por las propias opciones pasadas. Es aquí donde el conflicto entre el modo de proceder y de ser de Jesús se manifiesta en conflicto con el modo de ser y de proceder que se nos ofrece como “natural”.

Nuestra experiencia es que esta vocación se define a lo largo de nuestra vida a través de las opciones que vamos tomando para mejor amar y servir llevando a la práctica en todo el querer de Dios. De hecho, la invitación del Señor a cada hombre y mujer, a cada pareja humana, se inserta en la trama de nuestras características naturales y de las circunstancias propias de nuestra historia. Cada uno tenemos una misión propia e insustituible a realizar ya sea en forma sencilla y desconocida o en forma más visible y extraordinaria. No es la importancia de la misión lo que cuenta, sino la fidelidad y generosidad con la que respondemos.

Esta vocación nuestra la realizamos en nuestra vida concreta: en nuestra vida de pareja y de familia, con nuestras amistades, en nuestras ocupaciones laborales y profesionales, en las organizaciones a las que pertenecemos, en nuestro compromiso social y político, en nuestra comunidad eclesial, etc. Como lo señalara Juan Pablo II,

retomando las enseñanzas Conciliares: *"El carácter secular es propio y peculiar de los laicos...A los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales (Lumen Gentium 31) De este modo el "mundo" se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre, en Cristo"* (Christifideles Laicii, nº58)

Es en nuestra vida de cada día, donde el Señor nos invita a pertenecer a fondo a la secularidad que nos es propia manteniendo, sin embargo, una distancia, que es liberadora, ante ella: *"Todo aquel de ustedes que no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío"*(Lc.14,33). De ahí que nuestra vocación cristiana sea también una invitación permanente a revisar y reordenar toda nuestra vida, nuestras adherencias y adhesiones espontáneas.

Un encuentro transformador

Caer en la cuenta de que somos objeto predilecto de esta invitación puede ser un proceso largo para el cual es necesario disponerse, abrirse y dejar a Dios ser Dios. Se trata, en efecto, de una vocación particular, personalizada: es a mí a quien el Señor invita a estar y trabajar con El y ello, para cada persona y para cada pareja humana, significa una cosa distinta que es necesario discernir. La aceptación de esta debilidad del Señor para con cada uno de nosotros transforma muchas cosas en la vida y abre un largo y constante proceso de conversión personal y familiar. Este proceso exige, con el tiempo, ir ganando una actitud de discernimiento constante, de cara al Señor, de actitudes, valores, sentimientos, acciones, estilos aprendidos. Cuando Jesús ingresa en nuestras vidas debemos comenzar a desaprender y volver a aprender guiados por el Espíritu y acompañados por la comunidad.

El discernimiento es una exigencia del amor y, al igual que el amor de donde nace, se afina y se enriquece con el tiempo. En verdad lo que buscamos al discernir es poder hacer en cada momento lo que desea Aquel a quien amamos para agradarle en todo. Es en el discernimiento donde concretamos la ofrenda responsable y libre de quienes deseamos ponernos totalmente a disposición del Señor en el servicio de los demás. Por el discernimiento buscamos a Dios en todas las cosas y momentos; aprendemos a escuchar su voz en el tráfigo de nuestras voces, en las orientaciones de la Iglesia, en las esperanzas y angustias de los hermanos, en la realidad y el clamor de los pobres. En él aprendemos a descubrir su voluntad tanto en el éxito de nuestros proyectos como en las dificultades y fracasos; en las situaciones positivas y en las desesperadas; en los momentos de gracia y en los de pecado. Es por ello que una actitud de discernimiento nos va llevando a una progresiva comunión con Dios en todas las dimensiones y momentos de la vida.

La realidad cotidiana deja, así, de ser una realidad vacía o neutra para convertirse en el espacio del acontecer del Señor. Comenzamos a reconocer que El tiene una opinión sobre las pequeñas y las grandes cosas de nuestra vida de cada día. Por este motivo, cuando cae la tarde, la pregunta: *¿Por dónde ha pasado mi Señor?* comienza a transgredir los límites tradicionales del "examen de conciencia" y se revela como una pregunta pertinente y relevante en cada hora y circunstancia de la vida diaria; una pregunta que rescata a la secularidad de la trampa del secularismo y le devuelve su carácter más profundo: ser el medio divino en el que nos movemos y existimos. Revisar el día, deja de ser un mero recuento de faltas y errores donde el protagonista somos inevitablemente nosotros para comenzar a ser un momento especial de reconocimiento del trabajo del Señor en la vida, de

su quehacer en personas, situaciones, sentimientos, deseos; en una palabra reconocimiento del acontecer de lo divino en lo humano.

Es muy importante, sin embargo, vivir el discernimiento cristiano acompañados por otros que tengan más experiencia en las cosas que son del Señor. Podrá ser un sacerdote o religioso(a) u otro laico. Puede ser una persona o una comunidad. Lo importante es no intentar vivir el seguimiento de Jesús en forma individual y aislada ya que el camino a recorrer es un camino muy largo y muy delicado, lleno de sutilezas y de falsas alternativas donde es muy fácil perderse y perderlo a El de vista.

Un proceso de conversión constante

El encuentro con el Señor marca nuestra existencia laical con un "antes" y un "después". Nuestra condición humana, como resultado del encuentro con el Señor, queda sellada por una radical discontinuidad entre la forma de vivir y experimentar la vida anterior a esa experiencia y los horizontes nuevos que nos abre dicho encuentro. Esta experiencia de conversión es una experiencia de gracia; es la experiencia del movimiento gratuito de Dios que se apodera progresivamente de nuestras vidas llevándolas por caminos difíciles de conocer de antemano. Toda nuestra vida resulta transformada por esa acción gratuita de Dios y, simultáneamente, se ve proyectada a la misión, al servicio gratuito de los hombres. La verificación concreta de ese servicio es larga y purificadora.

El trabajo de Dios en nosotros es un trabajo de despojo respecto de nuestras falsas seguridades. La búsqueda de poder se va transformando en vocación de servicio; el apego a las diversas formas de riqueza va siendo transformado, por la obra del Señor, en desapego y en servicio a los demás, especialmente a los más empobrecidos; la energía de nuestra sexualidad humana es progresivamente transformada en una mayor y mejor capacidad de comunión personal. En una palabra, todo en nosotros va siendo transformado.

"Antes" de este encuentro, pensamos y sentimos que somos nosotros la fuente originaria de vida y de energía y que la vida radica en los productos de nuestras manos: herramientas, sistemas, estructuras, proyectos. Dios, en estas condiciones, nos resulta superfluo y quizá hasta lo hayamos llegado a sentir como una pesada herencia del pasado. Sin embargo, esta fortaleza se nos va revelando, con el tiempo, inconsistente. Heridos y maltrechos por nuestras propias armas, enfrentamos el límite de una vida tan afanosamente acariciada y descubrimos que el mundo así contraído no es habitable. Entonces se abre el espacio para una alternativa.

Cuando elegimos dejar de ser conductores y aceptar se conducidos, se inaugura una nueva creación; nacemos de nuevo. Entones comprendemos que nuestro dinamismo transformador se nutre del Dios que nos hace existir. Entendemos que si somos capaces de amar es porque hemos sido amados primero y si somos capaces de gracia es porque hemos sido objeto de ella. Aún, nuestro pecado nos aparece como oportunidad de gracia. Comprendemos entonces que la fuente de energía está en nosotros pero no es de nosotros sino del Señor que nos habita.

De esta experiencia tan fundamental fluyen torrentes nuevos: los que nos llevan a ser apasionados por las cosas del mundo ya que son las cosas de Dios; enamorados de la transformación de la historia hasta que ella sea alcanzada y remodelada por el Reinado de Dios, sabedores de que la convivencia humana posee un hilo conductor y un principio orientador al que todo queda sometido: la gloria de Dios, cuya revelación nos pone en

actitud de escucha y cuya realización nos convoca a una actitud de servicio renovado. Lo contemplado se vuelve activo y la acción se transforma en respuesta. Hijos de Dios, servidores de su Reinado.

Esto nos lleva por caminos diferentes a los de "antes", por los caminos del que elige ser pobre. Desde entonces todas las cosas se ven distintas, los criterios cambian, los puntos de interés y las formas de vida se ven lentamente alterados por la irrupción de una nueva perspectiva: la de las Bienaventuranzas. Los criterios para discernir lo que es "dichoso" resultan transformados ya que la conversión nos hace ganar otro lugar para mirar la realidad.

Testigos del Padre, del Hijo y del Espíritu.

Nuestra respuesta a la iniciativa del Señor nos va haciendo, progresivamente, testigos de un Dios que es nuestro Padre y creador. Testigos de su trascendencia y de su cariño entrañable hacia nosotros; testigos de nuestra rebelión y del drama de nuestra libertad que es capaz de desear lo bueno pero no de llevarlo a cabo. Testigos de una larga historia de amor y de rebeldía; de vida gratuita y de muerte introducida por el poder de iniquidad que nos habita y que corrompe lo que hacemos; testigos del pecado y de la gracia. Pero, por sobre todo, testigos de que no estamos en el mundo por propia iniciativa, ni por casualidad, sino por un gesto gratuito de la libertad de Dios, que es Amor vulnerable. Testigos de ser convocados a la existencia para ser interlocutores suyos, partícipes de una larga conversación ya iniciada en el seno de la familia de Dios.

Estamos radicalmente religados unos con otros; hermanos porque somos hijos de un mismo Padre. Somos libres entrando en comunión. Intentar apropiarnos de nosotros mismos y declararnos señores absolutos de la vida, desconociendo el nexa primordial que nos funda, es facilitar la introducción de la muerte en el mundo, al estilo de nuestro viejo Adán. Bien lo sabemos nosotros, hijos de una cultura que ha buscado la emancipación de los más fuertes a costa de la vida de los más débiles, vaciando con frecuencia la libertad de su contenido de relación y responsabilidad para con el otro.

Nuestra vida laical está llamada a ser testimonio de que en Jesús hemos sido rescatados, de una vez y para siempre, de esta condición de muerte y fracaso. En El nuestra rebeldía es vencida definitivamente y, por ello, somos rescatados del poder de la muerte. Somos testigos de que todo aquello que se construye con amor no es tocado por la insignificancia y la muerte. Hasta el más mínimo gesto, puesto por amor en la vida, permanece para siempre. En su muerte todos nuestros fracasos están incorporados y en su Resurrección toda esperanza encuentra su fundamento. Ya no somos esclavos. Hemos sido definitivamente rescatados.

De allí que toda nuestra vida cristiana se resuma en una opción radical: con Jesús o sin El. Nuestra condición de cristianos laicos tiene aquí un umbral decisivo. En esta opción se juega nuestra identidad más profunda como hombres y mujeres cristianos. Si hemos sido rescatados no es para nuestra vanagloria, es para entrar en una nueva vida, una vida de intimidad con el Señor y de servicio al Reinado de Dios en la historia. El llamado es a ser sus discípulos, sus seguidores, sus compañeros.

Ser discípulos del Señor nos hace testigos del Espíritu. Nuestra nueva condición de hijos, nos hace criaturas nuevas llamados a vivir ya no con la lógica de la carne sino con la lógica del Espíritu. Esta lógica es la de Dios, una lógica de gratuidad y extroversión, de

oblación de uno mismo para el servicio más universal. Vivir en el Espíritu es ya no vivir para nosotros mismos sino para la causa del Padre. Por ello la vida en el Espíritu es vida de discernimiento y de libertad, es vida de acción.

El horizonte regulador de nuestra vida ya no son las convenciones humanas. Esta Ley ya no tiene poder. Si bien "antes", cuando éramos niños, ella fue necesaria y positiva, "ahora" la orientación de nuestra acción no proviene de sus prescripciones y principios (ellos sólo apuntan a lo mínimo) sino del Espíritu que ora, habita y trabaja en nosotros, en los demás, en el tiempo que nos toca vivir. Discernir los balbuceos del Espíritu, prestar oídos a sus gemidos, esa es nuestra preocupación. El Espíritu es quien nos indica la línea de construcción. Discernir, como decíamos más arriba, es dejarnos conducir por el Espíritu, hacernos disponibles a su acción, a su iniciativa. Discernir es volvernos pobres para que la riqueza de Dios se manifieste en lo que somos y hacemos.

Vivir este llamado nos pide desmalezar nuestra vida para favorecer el brotar del silencio, un silencio que no es mera ausencia de ruido sino descentramiento respecto de nuestros propios ejes de perspectiva para dejar que Dios sea Dios en la vida nuestra. Un silencio, pues, que es presencia y que es habla del Señor en nosotros. Por este motivo, la oración en la vida cotidiana es fundamental para un cristiano. Es en ella donde lo humano discierne lo divino y lo divino interpreta lo humano.

3. TESTIGOS DEL SEÑOR EN AMÉRICA LATINA

La secularidad que nos es propia como cristianos laicos y a la que estamos enviados como testigos y servidores del Señor tiene, para nosotros, un nombre y unos rostros concretos. Es nuestra América actual. Una América que vive tiempos de grandes promesas y de graves crisis. La intimidad con el Señor no nos distancia de esa realidad conflictiva de nuestro mundo. Por el contrario, el Señor del que somos testigos, es un Señor en acción, un Señor que predica, que sana, que visita y reconforta, que come con pecadores y se hace amigo de los puestos al margen de la sociedad y del Templo

El aprendizaje fundamental que emana del misterio de la encarnación es que en Jesús, el Hijo, Dios renuncia a su gloria para asumir nuestra condición humana, para mezclarse con nosotros, con nuestros problemas y debilidades, con nuestras aspiraciones, haciéndose servidor de todos. En la encarnación aprendemos que Dios no quiere ni el sufrimiento ni la muerte, que El es un Dios de vida. Allí comprendemos que habiéndonos creado diversos a El, debió cargar con las consecuencias de habernos querido hombres y mujeres libres, contingentes. Que al crearnos Dios aceptó ser vulnerable como vulnerable es aquel que ama y que, por amor, respeta las leyes y opciones del otro. Y por amor, no nos deja sólo sino que en su Hijo asume esta naturaleza creada y la recrea.

Muchas veces, ante la complejidad y el dolor de nuestro mundo, ante los obstáculos y durezas de corazón que se levantan para solucionar los problemas de justicia y convivencia humana, ante el desinterés aparente de muchos de nuestros contemporáneos por lo de Jesús y lo de su Iglesia, podemos sentirnos impulsados a refugiarnos en una vida espiritual intimista, alejada de las preocupaciones y los verdaderos desafíos de la tarea de evangelización. Otras veces, perplejos, desanimados y desencantados, podemos ser tentados de cruzar los brazos en un gesto de conformismo desalentador. Sin embargo, la prueba de nuestro amor sigue estando en los hechos más que en las palabras. Las preguntas propias de la vida de un testigo son: ¿qué he hecho por Cristo? ¿Qué estoy haciendo por Cristo? ¿Qué es lo que debo y puedo hacer por Cristo?

La secularidad en la que vivimos y servimos, pues, no es un desierto de Dios. Nuestro mundo está lleno del Espíritu del Señor. Si lo buscamos lo encontraremos. Para ello es necesario bajar a lo de Dios. Nuestro mundo, no obstante las fuerzas de destrucción y de muerte que condicionan negativamente nuestra libertad, es un mundo rescatado por el Señor Resucitado. Cada situación es una oportunidad, un llamado al compromiso y a la acción, a adherirnos con esperanza al dinamismo liberador del cariño entrañable de Dios en el corazón de la humanidad. Para ello necesitamos ser creativos para responder adecuadamente a las nuevas preguntas y a las nuevas aspiraciones. La mediocridad no tiene espacio en esta tarea. Ser testigos del Señor, hoy, demanda liderazgo con espíritu de servicio allí donde se decide, día día, la vida humana. Queremos reflexionar, brevemente, acerca de algunos de estos espacios de nuestra secularidad donde, en los umbrales de un nuevo milenio, estamos llamados a trabajar, en forma competente y seria, con audacia, en la gestación de un mundo nuevo sin otros criterios que no sean los que nacen del amor del Señor para con su creación.

Un continente en transformación

El año 2000 nos encuentra, en América Latina, viviendo un proceso acelerado de transformaciones que muchos caracterizan como el paso de formas de sociabilidad humana de tipo comunitario a formas de tipo contractual; de relaciones interpersonales concretas a relaciones impersonales de mercado y de contrato; de sistemas naturales a sistemas artificiales; de una cultura oral, basada en los lazos familiares y de vecindad, a una cultura escrita y audiovisual de carácter cosmopolita; de jefaturas familiares, sociales y políticas fundadas en el linaje y en el patrimonio a burocracias establecidas por la ley y la administración, basadas en un conocimiento técnico de la realidad.

Este paso, resultado de múltiples y muy diversos procesos, en gran medida extraños a nuestra propia realidad latinoamericana, tiene muchos años de existencia pero, hacia finales de este siglo parece haberse acelerado con una velocidad que no alcanzamos a controlar y con una amplitud no prevista anteriormente. Dada su velocidad y amplitud, estos procesos llamados de modernización, de urbanización o de industrialización, producen grandes avances y mejoras en la calidad de vida de todos nosotros pero, también cobran, en su desarrollo, una multitud de víctimas y tienen, aún a nivel personal, un alto costo humano.

En efecto, el paso de sociedades relativamente integradas a sociedades con creciente especialización y diferenciación; de sociedades donde las acciones humanas obedecían a prescripciones contenidas en la tradición a una sociedad donde la acción depende de la elección de las personas no es fácil de realizar. Se produce una serie de desajustes personales y colectivos que son causa de desorientación, de sufrimiento y de mucho dolor. No es extraño que en estas situaciones históricas aumenten conductas tales como la evasión a través de la droga o el alcohol, las rupturas de compromisos y alianzas estables en la vida de matrimonial, el sacerdocio y la vida religiosa, el suicidio, etc.

La parábola evangélica acerca del Buen Samaritano adquiere, en este contexto, una renovada vigencia. Hacernos cercanos y responsables del sufrimiento del inocente posee hoy, entre nosotros, una multiplicidad de consecuencias en diversos niveles de nuestra vida cotidiana. En lo que sigue abordamos sólo algunos de ellos, sin afán de ser exhaustivos, sino al contrario invitando a que los lectores desarrollen y profundicen su propio discernimiento.

Somos un continente que algunos han llamado "de clase media". Y tiene relativa razón, aunque en realidad, 40% de nuestros hermanos latinoamericanos viven en situación

de pobreza; sólo otro 40% vive, propiamente una situación socioeconómica asimilable a la denominada "clase media" y un 20% goza de una situación económica, social y cultural de holgura, lo cual asimila cada vez más sus pautas de vida y de consumo a la de los países del Norte industrializado. En una palabra vivimos en una región caracterizada por lo modesto de su situación socioeconómica aunque con deseos de vivir mejor, de satisfacer mejor un conjunto de necesidades básicas no resueltas hasta el momento, de participar más y mejor de los beneficios del desarrollo científico y tecnológico y con capacidad para hacerlo.

Hay varias fuerzas negativas, sin embargo, que nos cruzan y que es bueno recordar: la violencia en sus diversas formas, desde la violencia intrafamiliar hasta aquella ejercida por razones ideológicas y políticas; la prepotencia de muchos y la marginación es resultado de ella; las complejas redes del narcotráfico y del comercio de armas que alimentan la drogadicción y la violencia; la corrupción de amplios sectores dirigentes económicos y políticos; la irrupción de una mentalidad de competencia individual donde triunfa quien es más fuerte desentendiéndonos de los efectos de nuestro actuar tanto sobre las personas como sobre nuestro entorno natural; la persistencia de una mentalidad y unas estructuras machistas y oligárquicas de vieja data que relegan a la subordinación a la mujer, al niño, al indígena, al anciano y al impedido, en una palabra, a todos aquellos y aquellas que no son varones, adultos, blancos y "normales".

Es en este mundo y en este tiempo, sin embargo, con sus oportunidades de vida y sus potencialidades de muerte, donde estamos llamados a ser santos, siguiendo y dando testimonio del Señor en el servicio de los demás. Es aquí donde la Iglesia nos llama a inculturar el evangelio de Jesús, es decir, a responder desde un fuerte sentido del absoluto de Dios, a las aspiraciones de justicia, de paz, de fraternidad de nuestros contemporáneos. Esto implica nuestra colaboración a la creación de un nuevo "ethos" social, es decir, de un conjunto de valores básicos compartidos, de actitudes y prácticas que sean capaces de modelar nuevas estructuras de convivencia familiar, social, laboral y política. La tarea que tenemos entre manos es formidable y desafiante.

Testigos en nuestra realidad familiar

Nuestro primer círculo de vida es la familia, nuestra familia y la realidad familiar de nuestros países. Ella se ve particularmente tocada, hoy, por los procesos de cambio social y cultural, especialmente en los medios urbanos donde vivimos 7 de cada 10 latinoamericanos. No se trata de que sea la familia la que está en crisis como se dice comúnmente. Se trata, más bien, de procesos de ajuste y de redefiniciones del sentido de la familia; procesos que pueden ser disolventes pero, que también pueden ser transformados en dinamismos potenciadores. Lo que pasa es que la familia no puede permanecer intocada cuando la sociedad entera es la que está cambiando.

Por una parte, la familia grande y jerarquizada que unía, bajo la autoridad del jefe de familia, a los hijos casados, sus mujeres y sus hijos, centrada en lazos de parentesco y en la transmisión de tradiciones y de bienes (la herencia) ha llegado a su fin. De allí que hoy día, poco a poco, vayan desapareciendo los "apellidos" como factor de identificación y prestigio social. Hoy día, la familia tiende a reducirse a la pareja, donde un hombre y una mujer, con frecuencia provenientes de tradiciones familiares muy distintas, se encuentran y deciden hacer, de a dos, una historia común, su propia historia. Pareja e hijos forman, hoy, la llamada familia nuclear por oposición a la familia extendida de raigambre rural. De este modo, los lazos de sangre son reemplazados por lazos de amor e intimidad.

Esto hace que la casa paterna, lugar de los lazos familiares y de las tradiciones, sobreviva difícilmente en la ciudad moderna y mucho menos en la gran ciudad. Más que con la casa de su niñez, la pareja sueña hoy con su propia casa, fruto de su propia elección y su propio esfuerzo. La gran familia, antiguo factor de seguridad, tiende a su vez a ser desplazada por un buen número de seguridades colectivas sin que intervengan los lazos afectivos de la familia. Una red diversificada de comunicaciones permite que organismos especializados (hospitales, asilos de ancianos, salas cunas, agencias de empleo, seguros, etc.) asuman funciones que antes eran de la familia.

Bajo estas circunstancias, aparece un nuevo factor de marcada importancia: la vida de la mujer tiende a modificarse profundamente respecto a su antigua dependencia tanto respecto de la naturaleza (para los efectos de procreación) como de la autoridad paterna y de la de su marido (para efectos de su autodefinición como persona humana). La mujer se incorpora cada día más al mundo del trabajo fuera del hogar, las tareas domésticas y aquellas ligadas al cuidado de los hijos se aligeran. La esperanza de vida se alarga: La mujer puede hoy ahorrar energías que antes no le permitían desarrollar un proyecto de realización personal propiamente tal.

Ello trae consigo un conjunto de debates y de procesos a través de los cuales se revisan y redefinen los roles y funciones tradicionales de cada miembro de la pareja y de la familia y, por tanto, las relaciones entre ellos: lo que es propio del marido y lo que es atribución de la mujer; lo que es propio de los padres y lo que pertenece a los hijos y a su autonomía, etc. Esto tiene múltiples consecuencias, entre ellas una forma diferente de asumir la sexualidad tanto a nivel de la persona, como a nivel de la pareja y en la familia. Más que la dimensión procreativa, que siempre continúa vigente, se tiende a enfatizar más la relación interpersonal, el encuentro entre un hombre y una mujer para una historia y misión común, es decir, la dimensión expresiva e intersubjetiva de la sexualidad humana.

Finalmente, la familia se hace móvil. Aumenta la movilidad profesional y laboral y con ello la movilidad social. Aún la movilidad física aumenta para la mayoría dado el desarrollo del transporte público, las necesidades que plantea el vivir en ciudad o el acceso que se pueda tener al automóvil. Con ello, la familia queda cada vez más liberada del enraizamiento geográfico y, junto a eso, de una comunidad de costumbres y tradiciones. Esto se refuerza con la llegada de la televisión al interior del hogar en la medida que, sin movernos de nuestra habitación ganamos en movilidad cultural, aprendemos que otros viven de otra manera, que la vida que vivimos es una alternativa entre otras posibles.

De este modo, la familia es llevada a valorar fuertemente su autonomía respecto de los círculos clásicos de la parentela. Asegurar esta independencia trae consigo que la relación varón-mujer se vuelve una relación fuertemente individualizada. De allí que la pérdida de la seguridad que antiguamente estaba dada por el enraizamiento y la estabilidad de las tradiciones, necesite hoy ser compensada por una fuerte valoración e intensificación de la intimidad familiar.

Todos estos cambios y muchos otros que no podemos enumerar ahora transforman a nuestra realidad familiar en un primer lugar de preocupación humana y social y de solicitud evangélica. La familia siempre ha sido, para nosotros laicos, nuestro primer sendero de santidad. Hoy lo es de modo particular toda vez que en ella se juegan aspectos determinantes tanto para el presente y como para el futuro de las personas y de la convivencia social.

Nuestro testimonio de lo de Jesús comienza por nuestra relación de pareja. Nuestra opción de ser pareja nos transforma, uno para el otro, en la primera responsabilidad de ayudarnos y dejarnos ayudar a crecer como personas y en la intimidad y servicio del Señor. En este camino, que es la vida cristiana, los esposos somos, el uno para el otro, el primer testigo y el primer compañero de camino. La seriedad para con lo humano y para con lo de Dios, en nuestra pareja, necesita nutrirse de la oración común; de la conversación pausada y atenta acerca de lo de Jesús en cada uno y de los deseos, miedos y esperanzas que ello produce en cada persona; del apoyo mutuo en las labores cotidianas.

Nuestra opción necesita nutrirse, para crecer y desarrollarse, del confrontar la vida de cada día, personal y familiar, con la vocación y con los dones recibidos; de opciones discernidas acerca del estilo de vida, las prioridades a establecer, los compromisos a tomar, las relaciones a trabajar; de la celebración y la alabanza compartida ante tanto bien que el Señor hace en nosotros y a través nuestro, en otros.

A este caminar se incorporan, a lo largo de los años, nuestros hijos e hijas. Ellos son nuestros primeros evangelizados y nuestros más cercanos evangelizadores. En ellos aprendemos, sin nunca terminar de hacerlo, la hermosa tarea de inculturar el evangelio estando atentos y respondiendo a sus inquietudes y esperanzas en la diversidad y riqueza de su desarrollo como personas. De nuestros hijos somos los primeros testigos de cómo el Señor ama y trabaja en los que El quiere. De ese trabajo del Señor no sólo somos testigos sino que además, somos los primeros profetas, es decir, los primeros en ayudar a que los deseos y mociones internos tengan nombre y se transformen en actitudes, valores y comportamientos. De ellos somos, así, los acompañantes en la aventura cristiana desde la oración de la noche y al sentarnos a la mesa, hasta el servicio y respeto a la dignidad del hombre y la mujer empobrecidos que golpea a nuestra puerta pasando por la celebración de las alegrías y los duelos que acompañan a toda familia .

Junto a nuestra pareja y a nuestros hijos e hijas hay un conjunto de parejas y familias que amplían el campo de nuestro testimonio cristiano. Son nuestros familiares cercanos, nuestros amigos más queridos, nuestros vecinos, las parejas y familias que pertenecen a la comunidad eclesial en que participamos o al colegio de nuestros hijos. Múltiples rostros que van tejiendo eso que llamamos nuestra realidad familiar ¡ Cuánto podemos aprender y cuánto podemos servir, en sencillez y alegría! ¡Cuánta alegría podemos compartir pero, también cuánto dolor e incertidumbre, cuánta soledad y desánimo podemos atender!

Cada vez más, debido a la complejidad de los cambios que vivimos y al costo humano que ellos tienen en la vida de parejas y familias, el ser testigos del Señor lo sentimos como una invitación a ser hombres y mujeres de consolación; a facilitar que vuelva a encenderse la mecha humeante; que allí donde hay incomunicación y agresividad vuelva a crecer la palabra; que allí donde hay frustración y desasosiego vuelva a renacer la esperanza; que allí donde el pobre no entra pueda abrirse un espacio a su presencia; que allí donde el Señor está a la puerta y llama, con señales sencillas y delicadas, se acceda, por lo menos a dejar la puerta sin llave.

Pero, la realidad familiar, a la que estamos enviados, es aún más amplia. Ella tiene dimensiones públicas, de alcance nacional y continental. Nuestro testimonio laical, dependiendo de las vocaciones y cualidades personales y de las situaciones en que nos toque actuar, está llamado a hacerse cargo de los grandes desafíos planteados hoy a la familia no sólo en lo privado sino también en lo público. Situaciones particularmente

complejas se nos dan hoy a discernir, en este ámbito, debido tanto a la pluralidad de situaciones familiares que requieren de políticas y de regulación social como al notable retraso y vacío de nuestras legislaciones y al abandono del que ha sido objeto la familia por parte de nuestros Estados. En este nivel, los laicos cristianos estamos enfrentados a un delicado aprendizaje de articular la fidelidad al evangelio y a la Iglesia y el hecho de pertenecer y ser responsables de diseñar políticas para sociedades que han dejado de ser unánimes y compartir un mismo núcleo valórico religioso.

Esta tarea es invitación para todos, especialmente para los laicos con vocación de servicio público, a la profundización de nuestra condición de hombres y mujeres de discernimiento, en y con la Iglesia, a fin de saber hablar, en, desde y para las situaciones concretas, de modo que nuestra iniciativa, creatividad y responsabilidad ciudadanas vayan siempre unidas a una humildad profunda capaz de dejarse cuestionar y corregir, lealmente y por fe, por la palabra de la Iglesia jerárquica.

Testigos en nuestro trabajo

Un segundo campo al que somos enviados, todos los días de nuestra vida, es el de nuestra realidad laboral y profesional. Es en nuestro trabajo diario donde estamos invitados a ser santos y a amar y servir. Ahora bien, si la familia está sujeta a procesos de cambio, cuánto más lo está el amplio y complejo mundo de las relaciones laborales en las que nos desempeñamos y de dónde obtenemos los recursos para vivir nosotros y nuestra familia.

De los muchos procesos de los que tendríamos que dar cuenta queremos sólo retener dos que, por su importancia, nos tocan muy hondo. El primero tiene que ver con la lenta pero progresiva transformación cultural que estamos viviendo como resultado de la centralidad que han adquirido los mecanismos de mercado como los mecanismos estimados más eficientes para asignar recursos en la sociedad. El segundo, es el que se refiere al cambio que ha experimentado el sentido del trabajo humano, más allá de los cambios en sus formas de organización, como consecuencia del desarrollo tecnológico y de las exigencias del proceso productivo. Ambas cosas constituyen hoy un verdadero signo del tiempo y afectan en forma muy profunda la vida cotidiana y familiar.

La centralidad que ha adquirido el mercado en la asignación de los recursos necesarios para la producción de bienes y de servicios está cambiando drásticamente las formas de comportamiento en el trabajo y en el ejercicio de las más diversas profesiones aún de aquellas que, a primera vista, no deberían regirse por los criterios de mercado: el ejercicio de la medicina, de la pedagogía, del arte y la música y aún de la predicación religiosa a juzgar por el fenómeno de la llamada "Iglesia electrónica". Las exigencias de productividad, de competencia individual, de racionalización de los procesos productivos en toda su amplitud, de flexibilización de los contratos de trabajo y de los regímenes salariales, el imperativo de producir sólo aquello para lo cual hay demanda o para lo cual es factible crearla, es decir, producir sólo aquello que se puede vender, etc. implican un cambio de tal profundidad en la mentalidad, en las pautas de comportamiento y en los modos de valorar la vida, tanto en las personas como en la sociedad, que podemos hablar de una verdadera revolución silenciosa.

Por otra parte, el trabajo ha dejado de ser el espacio privilegiado de encuentro con otros. La movilidad laboral creciente; la necesidad de trabajar en varias jornadas al día y en varios lugares simultáneamente, hacen que el trabajo vaya adquiriendo cada vez más un carácter meramente instrumental (aquello necesario para ganar el sustento) y vaya

perdiendo esa dimensión más tradicional de ser el espacio en que se formaban amistades, en que se intercambiaba la vida, en que se convivía gratuitamente. Para eso, hoy, hay que ir a otro lado que no sea el lugar de trabajo. Este se ha vuelto un campo de batalla de hombres y mujeres solo, identificado por una tarjeta de entrada y salida, que almuerzan rápido y solos y que van y vuelven al trabajo envueltos en la muchedumbre solitaria del transporte colectivo.

No es este el momento de evaluar lo positivo y negativo de dichos cambios. La Iglesia lo ha venido haciendo desde fines del siglo pasado y en el último tiempo ha profundizado su discernimiento pastoral, con rigurosidad y lealtad evangélicas. Este discernimiento, agrupado en un conjunto de enseñanzas pontificias, enriquecidas y actualizadas para nosotros, en América Latina, por nuestros Pastores, es de suma importancia para nuestro propio discernimiento como laicos cristianos. No podemos, sin embargo, ahondar en él ahora. A lo que queremos apuntar es a la relevancia de que es en esta realidad laboral en la que estamos invitados a testimoniar lo de Dios en Jesús.

En cuanto discípulos suyos, estamos invitados a colaborar y a potenciar todo aquello que signifique mayor autonomía, adultez y dominio humano sobre nuestras condiciones de vida. Trabajando somos imagen del Dios trabajador y contribuimos a que la creación se complete. Los cristianos no tememos ni al conocimiento, ni a la ciencia ni a la técnica. Por el contrario, estamos invitados a participar activamente en los procesos de innovación y transformación productiva que apunten a mejorar la calidad de vida de las grandes mayorías de nuestro continente, resolviendo los problemas de alimentación, de vivienda, de salud corporal y mental, de acceso a la información y al conocimiento; de infraestructura y comunicación; de integración económica social. En esto, estamos invitados a continuar la obra creadora de Dios, desde el trabajo más sencillo y con menor brillo social hasta aquel considerado socialmente como más importante. No es el tipo de trabajo lo que cuenta sino el que a través de él hagamos de nuestro mundo un mundo más habitable. Esto implica un serio y riguroso esfuerzo personal, de dedicación al trabajo, honradez y respeto de la palabra dada., en una palabra: trabajar bien, sin mediocridad.

Sin embargo, la revolución del mercado y la incorporación del criterio de competencia individual como eje de nuestro desarrollo futuro, así como la transformación del trabajo humano en una realidad meramente funcional a la producción, tiene puntos críticos que, como cristianos, debemos asumir con la misma seriedad y rigurosidad. Quizá el trazo más notorio sea la dificultad que comenzamos a vivir en lo que se refiere a dos dimensiones fundamentales e interrelacionadas entre sí, de la vida humana y cristiana: nuestra capacidad de solidaridad y nuestra capacidad de gratuidad.

En efecto, el imperativo de la competencia individual en cuanto norma del actuar en nuestro quehacer laboral y profesional comienza a mostrarse como un imperativo perverso que nos lleva a des-solidarizar con el otro cuando solidarizar con él parece disminuir la productividad, los niveles de logro de los objetivos programados racionalmente, los niveles del costo de los mismos, etc. De aquí a la pérdida del sentido de lo gratuito hay un paso. Y si perdemos la gratuidad y la solidaridad queda muy poco margen para reconocernos como hombres y mujeres dignas por nosotros mismos y no por lo que tenemos, lo que hacemos o el dinero que ganamos.

Aún el despilfarro y el consumo compulsivo de una sociedad de mercado, que a primera vista aparece como fiesta y gratuidad, siempre encierra la búsqueda de un interés. El pasarlo bien se ha transformado en algo a comprar y a medir socialmente con la medida

del mayor o menor prestigio. Salir de vacaciones, hacer deporte, descansar, bailar, comer con los amigos, hacer un regalo, poco a poco comienza a ser medido con el metro exterior del brillo, de la marca y de la cantidad.

Es en esta sociedad, en el ejercicio de nuestra profesión o en nuestra ocupación laboral, donde estamos llamados a ser testigos de que lo que más "vale la pena", literalmente hablando, en la vida es gratuito; de que no somos islas a la deriva ni animalitos compulsivamente determinados a buscar nuestro propio y exclusivo bienestar. Nuestra preocupación en el trabajo por los menos calificados, nuestra solicitud con las personas que ocupan los cargos menos rentables, nuestra atención a cómo se toman las decisiones, nuestra cercanía a lo que las personas sienten, a lo que las alegra o a lo que las hace sufrir, no sólo son gestos de buena vecindad sino testimonio de que nos reconocemos gratuitamente llamados a la vida y gratuitamente rescatados.

Ser testigos del Señor en nuestro trabajo es, en el fondo, mantener vigente y presente la pregunta por el hermano y la pregunta por el más pobre, en cada detalle de la jornada y en el ambiente laboral en que nos toque desempeñarnos. ¿Dónde está mi, nuestro, hermano? ¿Quién es el más pobre entre nosotros? ¿Cuál es su necesidad? ¿Qué interrogantes plantea? ¿Cómo es que se produce la marginación y el anonimato en mi ambiente de trabajo? ¿Qué podemos hacer? ¿Qué puedo proponer? Estas preguntas son las preguntas del testigo tanto en el reducido espacio de nuestro trabajo cotidiano como a nivel de la sociedad en su conjunto.

Hay multitud de cristianos laicos para los que estos desafíos tienen una dimensión pública. O bien porque son dirigentes de organizaciones de trabajadores, llamados no sólo a defender lo adquirido sino a participar en lo que está naciendo, o bien pertenecen a asociaciones profesionales muchas de ellas de notable impacto en la convivencia social. Otros son empresarios cristianos llamados a hacer de su empresa una comunidad de personas eficiente e innovadora y otros desempeñan cargos de gobierno y deben tomar opciones que involucran no sólo a miles de personas sino una orientación de desarrollo futuro de la convivencia social. Una vez más aparece la necesidad de profundizar en nosotros laicos la actitud de hombres y mujeres de discernimiento, sometiendo nuestras opciones y nuestros compromisos, privados y públicos, al tamiz de la palabra del Señor, de las enseñanzas de la Iglesia, del diálogo con los hermanos en la fe, de las necesidades de los más pobres. La invitación a la santidad no nos pide dejar de hacer lo que hacemos, ni hacerlo en forma ineficiente, sino usar de todos los medios a nuestro alcance sin poner en ellos la confianza que sólo en Dios se puede depositar. En este sentido, la invitación a ser santos es un llamado a integrar nuestras vidas con sus diferentes dimensiones en un humanismo nuevo que respetando la complejidad de lo real se resista a la tentación de simplificar la vida en una u otra dirección.

Testigos en tierra de pobres con vocación de ciudadanos

El mundo en el que estamos invitados a vivir nuestra vocación a la santidad es un mundo marcado por la presencia de millones de hermanos y hermanas nuestros que se debaten en la pobreza y que luchan y aguardan ser reconocidos como ciudadanos, es decir, como miembros de una misma asamblea y como partícipes de los beneficios del desarrollo económico y social, político y cultural. Por otra parte, nuestras formas de convivencia social están atravesadas por serias interrogantes acerca del sentido menos humano o más humano que queramos darle a nuestra convivencia. Sentimos que, en los umbrales de un nuevo milenio nuestro mayor desafío como testigos de Jesús, el profeta del Reinado de Dios, es el

de nuestra contribución a forjar formas y estilos de convivencia más plenamente humanos donde los muros de enemistad vayan siendo paulatinamente derribados. Estamos invitados a ser hombres y mujeres de reconciliación, colaboradores de un cielo nuevo y una tierra nueva: el uno bajando a la otra y ésta siendo asumida por aquél.

La Buena Noticia que Jesús nos comunica es que Dios va a reinar (Mt. 3,2; 4,17-23; 9,35); que El va a realizar el ideal del rey justo, defendiendo y protegiendo a los débiles, oprimidos, desvalidos y pobres contra el poder y la avaricia de unos pocos (Is. 29,20) El programa de este reinado nos lo dejó Jesús en las Bienaventuranzas, lo desarrolló en su predicación (Mt. 11,5-6; Luc. 4,16-21) y lo realizó en su práctica y en su modo y estilo de vida.

Con frecuencia, sin embargo, hemos aprendido que el Reinado de Dios es algo más bien interior y tendemos a ubicarlo en la intimidad o bien en el más allá. Y es cierto que el Reinado es una promesa para con la historia, un banquete (Luc., 13,28-29), una fiesta (Mt., 25,21.23). Lo aguardamos como un corte, un acontecimiento inesperado que clausura y discierne: un juicio (Luc. 17, 24; Mt. 25) pero, también es cierto que el Reinado de Dios es algo muy concreto y dinámico, una realidad ya plantada entre nosotros: un árbol que cobija las aves del cielo, una masa que fermenta, una red que va recogiendo peces buenos y malos hasta llenarse (Mt. 13,31-33; 47-48), es una semilla que crece, una cosecha que va madurando (Mt. 13,14-19; 36-38) como un campo sembrado donde el trigo crece junto a la maleza.

El Reino de Dios, pues, no es pura interioridad sino un hecho social con exigencias muy definidas. Para entrar en él es necesario nacer de nuevo (Jn.3,1-12) ya que el Reinado de Dios no se impone al modo de una ideología sino que se realiza como un nuevo modo y estilo de vida (Mt. 7,21.24.26; 13,20-21) Jesús escoge un grupo precisamente para que refleje las características de este Reinado de Dios (Mc. 13-19) y de ese modo sea sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5,13.14). De esa elección formamos parte por nuestro Bautismo; entrar en el Reino de Dios y hacerse discípulo de Jesús son cosas equivalentes (Luc. 18,22-24 y 14,33; Mt.18,4 y 20,26).

¿Qué sentido tiene para nuestra vida y misión el ser gratuitamente llamados a reflejar el Reinado de Dios en un tierra donde la mitad de sus habitantes está marginada por motivos económicos, culturales y étnicos de la mesa común? Bien conocemos las características del gobierno de Dios y su querer para con su pueblo y para con la humanidad y la creación toda. Este proyecto de Dios, tan hermosamente expresado por Isaías nos urge a responder creativamente para trabajar en la ampliación de las fronteras que constantemente trazamos a lo largo de nuestra convivencia humana. Como cristianos estamos llamados a ser santos colaborando a resolver adecuada y responsablemente tanto las fuentes de inequidad que están a la base de la existencia de millones de pobres y excluidos, como las raíces de toda forma de exclusión y marginalidad ciudadanas.

Lo primero tiene que ver con la reducción de la inequidad en el acceso al trabajo digno y dignamente remunerado, en materia de educación y conocimientos, en materia de vivienda y sanidad ambiental, en materia de nutrición y alimentación. Lo segundo tiene que ver con la convivencia democrática que estamos reconstruyendo después de décadas de autoritarismo. Consolidar la democracia en América Latina, no es sólo un asunto de garantizar elecciones libres e informadas. Eso ya es un triunfo pero, no es suficiente. La democracia tiene que ver también con la participación en los bienes de la sociedad y con una

cultura democrática, capaz de reconocer al otro como otro, tanto en nuestras organizaciones como en nuestras relaciones.

Esto hace de la participación social y política, respetando la pluralidad de opciones, de vocaciones y de estilos, un deber de todo cristiano laico. El colaborar junto a otros muchos, cristianos y no cristianos, en humanizar nuestra convivencia haciendo retroceder constantemente las fronteras de la desigualdad y de la exclusión es camino de santidad laical, forma de la caridad, como lo señalara el Papa Pío XII. Esto reviste particular importancia en tiempos en que la vocación de servicio público, la participación en formas organizadas de convivencia y aún la misma preocupación e interés por los asuntos que son de interés común parecen, a veces, declinar con o sin razón. Este desinterés y apatía no nos está permitido a los cristianos.

Junto con esta responsabilidad por lo público, la invitación a dar testimonio del Señor en una tierra de pobres con esperanzas y deseos de incorporación creciente a la sociedad, nos subraya la necesidad de bajar a lo de Dios. Con frecuencia ponemos a Dios "arriba" y "adentro" nuestro pero, Dios también está "abajo" y "afuera" de modo que para encontrarlo tenemos que salir y bajar.

Salir de nuestros espacios cotidianos, de lo conocido, de nuestros círculos familiares, de amistad, de trabajo, de nuestros barrios, de nuestros circuitos acostumbrados. Salir de nuestras propias comunidades cristianas. Salir de nuestra cultura y de lo que la opinión pública nos dibuja como realidad. Salir porque el pobre y el excluido no sólo se encuentran físicamente fuera de nuestras ciudades sino también fuera de que consideramos habitual y normal. Por ello, aunque con mucha frecuencia esté dentro y aún en nuestra propia casa, nos resulta difícil verlo.

Bajar desde nuestra seguridad, desde las apariencias, desde lo que brilla y constituye noticia. Bajar desde las grandes instancias y organizaciones, desde nuestros grandes proyectos y estrategias. El pobre y el excluido, en la multiplicidad de sus rostros y de su experiencia están abajo, en lo cotidiano y oculto a los ojos de la opinión pública.

Salir, bajar ¿para qué? Para aprender, en primer lugar, cómo Dios habita en los márgenes. Cómo El anima la vida y la acción de multitud de hombres y mujeres empobrecidos que tejen lazos de solidaridad, formas de organización, iniciativas de resolución de sus necesidades, modos de vivir su fe en El, en Jesús y en María su Madre. Allí hemos aprendido cosas que no hubiéramos sabido de otra manera. Allí hemos aprendido que nuestra convivencia ciudadana es un tejido que tiene un revés que lo sostiene y que le da su consistencia.

No sólo para aprender sino también para servir, para colaborar, para apoyar la maduración de la esperanza y del dolor, haciéndonos parte de sus iniciativas, proponiendo alternativas nuevas, si es necesario, siempre animando y confortando. Salir y bajar para facilitar que otros, a través nuestro, se animen a hacer lo mismo y para llevar a nuestros propios mundos la voz y la demanda de ampliación de los horizontes, de las estructuras y de los modos de vida de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia de modo que podamos avanzar a unir lo separado; a reconciliar los mundo excluidos y excluyentes.

Esto implica revisar nuestros propios criterios, estilos y modos de proceder en la comunidad eclesial. Para comenzar a vivir el Reinado de Dios y sus características nos escoge Jesús. Por tanto, para testificar no sólo a nivel personal y familiar sino como

comunidad de discípulos que el Reinado está ya aquí y crece y se desarrolla y madura. Con frecuencia tendemos a convertir la comunidad cristiana o bien sólo en un grupo de referencia y pertenencia, muy necesario en tiempos de profundos cambios y desarraigos, o bien en una instancia un tanto cerrada, apoyada en exterioridades jurídicas y en reglas morales que son buenas y necesarias siempre y cuando no ahoguen lo esencial: las actitudes de fondo, los modos de vida, los estilos de relacionarnos y de vivir.

Es sin embargo por estas actitudes que la sociedad reconocerá a Jesús en nosotros. Salir y bajar a donde habitan sus amigos y amigas privilegiados no sólo es seguir su camino sino que además facilitará en nosotros el nacimiento y fortalecimiento de sus propias actitudes y valores. Quizá la gracia más grande que podamos pedir es la de ser puestos con El donde los suyos. Desde allí, como desde una cruz, veremos las cosas y las personas de otra manera.